

Senegal, y designó bajo el nombre de *muy grande jabalí de Africa*.

.....

EL PERRO (*).

Canis familiaris. L.

Ni la elevada estatura, ni la forma airosa y elegante, ni la robustez y fuerza del cuerpo, ni la soltura y libertad de movimientos, ni todas las calidades exteriores de por junto, son lo que mas ennoblece á un sér animado: y así como preferimos en el hombre el entendimiento á la figura, el valor á la fuerza, y la elevacion de pensamientos á la belleza; de la misma suerte juzgamos tambien que las calidades internas son las que mas realzan al animal. Por ellas difiere únicamente del autómeta, por ellas se eleva sobre el vegetal, y se aproxima á nosotros: el sentimiento es el que solo da nobleza á su sér, le rige, le vivifica, manda en sus órganos, hace activos sus miembros, escita el de-

(*) En latin *canis*; *κύων*. de los Griegos; en Cataluña, *ca*, *gos*; en francés, *chien*; en italiano, *cane*; en aleman *ein*, *hund*; en inglés, *dog*.

seo, y da á la materia el movimiento progresivo, la voluntad y la vida.

De ahí es que la perfeccion del animal depende de la perfeccion del sentimiento, de modo que cuanto este sea mas estenso, tantas mas facultades y recursos tiene aquel, tanto mas existe, tanta mayor analogía hay entre él y el resto del universo; y cuando el sensorio es esquisito, cuando todavia puede ser perfeccionado con la educacion, el animal entonces se hace digno de entrar ó de vivir en sociedad con el hombre, sabe concurrir á sus designios, velar por su seguridad, ayudarle, lisonjearle y defenderle; y sabe tambien por medio de servicios frecuentes y de repetidas caricias, conciliarse el afecto de su amo, cautivarle la voluntad y grangearse un protector de su tirano.

Prescindiendo aun de la hermosura de su forma, de su vivacidad, su ligereza y su fuerza, posee el perro con escelencia todas aquellas calidades internas que pueden llamar á su favor la atencion del hombre. Una índole ardiente, colérica, y aun feroz y sanguinaria, hace temible al perro silvestre para todos los animales, y cede en el perro doméstico á sensaciones mas apacibles, al placer de tomar cariño, y al deseo de agradar. Viene arrastrándose á poner á los pies de su dueño su valor, su fuerza y su talento; y solo

aguarda una señal para poner en uso estas calidades: le consulta, le pregunta, le suplica; una mirada basta, y al punto entiende los signos de su voluntad; que sin tener, como el hombre, la luz del pensamiento, posee todo el calor de la sensación, y se le aventaja en la fidelidad y en la constancia de su afecto: no conoce la ambición, el interés, ni el deseo de venganza, ni tiene mas temor que el de desagradar. Todo él es zelo, todo ardor y todo obediencia: mas capaz de agradecer los beneficios, que de sentir los ultrajes, no le exasperan los malos tratamientos; los sufre, los olvida, ó si se acuerda de ellos, tan solo es para cobrar mas afecto; y lejos de irritarse ó de huir, se espone todavía de su propia voluntad á nuevas pruebas, lame esa mano misma instrumento de dolor, que acaba de descargarse sobre él; no le opone mas que la queja, y la desarma por último con la sumisión y la paciencia.

Mas dócil que el hombre, mas flexible que ningun otro animal, no solo se instruye el perro en poco tiempo, sino que se conforma asimismo con los movimientos, los modales y todos los hábitos de aquellos que le mandan; toma el estilo de la casa donde habita, y á imitación de los demas criados, es desdeñoso en las casas de los grandes, y agreste en el campo; mien-

tras que, activo siempre y diligente para servir á su dueño, y oficioso para solos sus amigos, no hace ningun caso de las personas indiferentes, y se declara contrario de todos aquellos que se dedican por oficio á importunar, conociéndolos en el trage, en la voz y en los gestos, é impidiéndoles que se acerquen. Cuando se le confió por la noche la guarda de la casa, hele aquí que se hace mas fiero, y á veces feroz; vela, ronda, percibe desde lejos á los estraños, y por poco que se detengan ó intenten salvar los muros, se abalanza, se opone, y con ladridos reiterados, con esfuerzos y gritos de cólera, da á conocer el peligro, avisa y combate: tan furioso contra los ladrones como contra los animales carniceros, se precipita sobre ellos, los hiere, los despedaza y les quita lo que pugnaban por llevarse; pero satisfecho con la victoria, tranquilo descansa sobre los despojos, sin tocar á ellos, ni aun para satisfacer su apetito, y da á un mismo tiempo ejemplos de valor, de fidelidad y de templanza.

Si queremos suponer por un instante que nunca hubiese existido el perro, sin duda se echará de ver desde luego de que importancia no es su especie en el orden de la naturaleza. ¿Hubiera acaso podido el hombre sin su auxilio conquistar, domar y reducir á servidumbre á

los demas animales? ¿Y como podria aun en la actualidad descubrir, cazar y destruir las bestias feroces y dañinas? Tanto para vivir con seguridad como para dominar sobre el universo viviente, ha sido preciso empezar por formarse una parcialidad entre los animales, y conciliarse con blandura y caricias á los que se hallaban mas capaces de amor y de obediencia, á fin de oponerlos á los demas: el primer arte del hombre ha sido, por consiguiente, la educacion del perro; y el fruto de este arte, la conquista y la posesion pacífica de la tierra.

La mayor parte de animales tienen mas agilidad, mas velocidad, mas fuerza y aun mas valor que el hombre, puesto que la naturaleza les ha provisto, les ha armado mucho mejor y dádoles sentidos mas perfectos, señaladamente el del olfato: así que el haber subyugado una especie valerosa y dócil, como la del perro, es haber adquirido nuevos sentidos y facultades de que carecemos. Todas las máquinas, todos los instrumentos que hemos inventado para perfeccionar nuestros sentidos y aumentar su estension, no equivalen ni con mucho, por lo tocante á la utilidad, á estas máquinas formadas ya que la naturaleza nos presenta, y que supliendo la imperfeccion de nuestro olfato, nos han suministrado grandes y perpetuos me-

dios de vencer y de reinar; y el perro, fiel al hombre, conservará siempre una porcion del imperio, un grado de superioridad sobre los demas animales. El les manda, él mismo reina al frente del rebaño, y hace que se oiga mejor su voz que la del pastor; la seguridad, el orden y la disciplina son frutos de su vigilancia y de su actividad; el rebaño es un pueblo que le está sujeto, que conduce y protege, y contra el cual no usa nunca de la fuerza sino para conservar la paz.

Pero en la guerra señaladamente y en las ocasiones de lidiar contra los animales enemigos ó independientes, es donde brillan su inteligencia y su coraje, y donde sus talentos naturales se reunen con las calidades adquiridas. Apenas suena el ruido de las armas, y la trompa de caza ó la voz del cazador dan la señal de una guerra próxima, animado el perro de nuevo ardor, manifiesta su júbilo con el mas vivo enagenamiento, anunciando con sus movimientos y gritos la impaciencia por combatir y el deseo de vencer: empero caminando luego despues con el mayor silencio, procura reconocer el pais, y descubrir y sorprender al enemigo en su fortaleza; investiga sus huellas, las sigue paso á paso, y con acentos diferentes indica el tiempo, la distancia, la especie, y hasta la misma edad del enemigo que persigue.

Intimidado el animal y en estrechâ apretura, desesperando de hallar su salud en la fuga (1), se vale tambien de todas sus facultades, y opone el ardid á la sagacidad. Nunca fueron tan admirables los recursos del instinto: no ve otro medio que el de hacerle perder su rastro, y va y viene á este fin y vuelve por el mismo camino; da brincos; quisiera desprenderse de la tierra y suprimir los espacios; salva de un salto los caminos y las vallas, y pasa á nado los rios y los arroyos; pero perseguido siempre, y no pudiendo aniquilar su cuerpo, solicita poner otro en su lugar; él mismo va á turbar el reposo de un vecino mas jóven y menos experimentado; le hace levantar, correr y huir en su compañía; y una vez confundidos sus rastros, cuando cree haberle sustituido á su desgraciada suerte, le deja con mas precipitacion que le buscó, á fin de hacerle único objeto y víctima del enemigo engañado.

Mas el perro, con la superioridad que dan el ejercicio y la educacion, y con aquella percepcion finisima que le es peculiar, no pierde el objeto á quien persigue; antes bien sabe distinguir los puntos comunes, desata los nudos del hilo tortuoso que puede conducirle, ve con el

(1) Véase la historia del ciervo.

olfato todas las vueltas y revueltas del laberinto y todos los caminos fingidos en que se le ha querido estraviar; y lejos de abandonar al enemigo por un indiferente, aumenta su ardor despues de haber triunfado del ardid, se indigna, le alcanza por fin, le embiste, y matándole apaga en su sangre su sed y su ojeriza.

La inclinacion á la caza ó á la guerra nos es comun con los animales: el hombre salvaje no sabe otra cosa mas que combatir y cazar; y todos los animales carnívoros, que están provistos de armas y de fuerza, cazan naturalmente: el leon y el tigre, cuya fuerza les asegura la victoria, cazan solos y sin arte; los lobos, las zorras y los perros monteses se reunen, se entienden, se ayudan, se mudan y relevan, y parten la presa; y cuando la educacion ha perfeccionado ese talento en el perro doméstico, cuando se le ha enseñado á reprimir su ardor, no menos que á medir sus movimientos, y acostumbrádole á una marcha regular y á la especie de disciplina necesaria para este arte, caza con método, y siempre con felicidad.

En los paises desiertos, y en las regiones desdobladas hay perros monteses que en nada difieren de los lobos por sus costumbres, sino en la facilidad con que se domestican, los cuales se reunen asimismo en tropas numerosas para

cazar y atacar á viva fuerza á los jabalíes, los toros silvestres, y aun á los tigres y leones. Estos perros monteses son en América(*) de razas antiguamente domesticadas que fueron allí conducidas de Europa; y habiendo dejado algunos

(*) Puede ser muy bien que los perros de que aquí se habla sean procedentes de razas europeas, ó á lo menos de otras que se hubiesen cruzado con aquellas; pero lo cierto es que al tiempo del descubrimiento de las Américas ya se hallaron perros allí. He aquí lo que dice el Barón de Cuvier con este respecto. (*Hist. des progr. des scienc. nat. sec. anat. et physiol. anim. et zoolog. v. IV, ann. 1825*). «No solamente poseían perros los naturales de las Américas cuando llegaron los Españoles á ellas, sino y tambien de varias razas. Moreau de Jonnés discurrió que la determinacion de las razas á que pertenecian no dejaria de presentar interés y aun contribuir á dar alguna luz para la solucion del problema dificultoso acerca la poblacion de aquel continente; motivo por el cual han investigado cuidadosamente los autores contemporáneos ó mas próximos al tiempo de su descubrimiento á fin de recoger las descripciones que dejaron de los diversos perros indígenas.

«A consecuencia de esto ha venido en conocimiento de que habia por lo menos seis razas, que indica con los nombres de *perro comestible*, *perro giboso*, *perro pelado*, *perro cazador*, *perro peruano*, y *perro ártico*, tres de las cuales se han borrado á

abandonados ú olvidados en aquellos desiertos, han llegado á multiplicarse en ellos de suerte que andan en tropas hasta por los países habitados, donde acometen al ganado y se atreven á insultar á los mismos hombres, siendo por consiguiente necesario alejarlos con la fuerza, y matarlos como á las demas bestias feroces. Tales son efectivamente los perros mientras no conocen al hombre; pero acercándoseles este con blandura y caricias, se amansan, se familiarizan en breve, y permanecen desde entonces uni-

su modo de ver y desaparecido por su mezcla con los perros que se llevaron de Europa; pero las otras tres existen todavía: mira como dudoso que tuviesen la facultad de ladrar, y dice aun que una de ellas era del todo muda; de suerte, que si las castas que se han conservado ladran efectivamente, ese cambio ó mudanza de voz debe en su concepto atribuirse á su mezcla con las razas europeas.

«Y como de una parte no estaban internados aquellos perros en ciertas zonas, mientras que se hallaban hasta cuatro razas en el solo imperio de Méjico, y estaban confinadas otras en ciertas regiones y sin comunicacion, de todo infiere Moreau de Jonnés que sus desemejanzas no pueden atribuirse á la influencia del clima ni á circunstancias locales en general; antes por lo contrario se figura que eran otras tantas especies originariamente distintas, etc.»

dos fielmente á sus dueños; en vez de que el lobo, aunque se le tome jóven y se crie en las casas, no es apacible sino en su primera edad, no pierde nunca su inclinacion á la presa, y tarde ó temprano se entrega á su propension, esto es, á la destruccion y rapiña.

Puede asegurarse de un modo absoluto que el perro es el único animal cuya fidelidad es á toda prueba; el único que conoce siempre á su dueño y á los amigos de su casa; el único que percibe la llegada de un desconocido, que entiende su nombre, y reconoce la voz doméstica; que no se confía de sí mismo; que llama con gemidos á su amo cuando le ha perdido y no puede hallarle; que en un viaje largo que no habrá hecho mas de una vez, se acuerda del camino y halla la senda; el único, en fin, cuyos talentos naturales son evidentes, y la educacion siempre feliz.

Y así como entre todos los animales es el perro de indole mas susceptible de recibir las impresiones y que con mas facilidad se modifica por las causas morales, así tambien es entre todos el de naturaleza mas sujeta á variedades y á las alteraciones causadas por las influencias físicas. El temperamento, las facultades y los hábitos de su cuerpo varían notablemente, y hasta su misma forma no es constante, pues un

perro es muy diferente de otro en un mismo país, y la especie, por decirlo así, es enteramente diversa en los diversos climas. De ahí nacen la confusion, la mezcla y la variedad de razas, tantas y tan multiplicadas, que es imposible numerarlas; de ahí las diferencias tan notables en el tamaño, figura, longitud del hocico, forma de la cabeza, longitud y direccion de las orejas y de la cola, color, calidad, cantidad del pelo, etc.; de suerte, que nada hay constante en estos animales, y nada comun sino la organizacion interna y la facultad de poder todos producir entre sí: pero como los que mas se diferencian unos de otros bajo todos respectos no dejan con todo de producir individuos que pueden perpetuarse, produciendo tambien otros individuos á su vez, queda evidente que todos los perros, por mas diferencias y variedades que haya en ellos, no forman sino una sola y única especie.

En esta numerosa variedad de razas distintas es sin duda muy difícil de determinar el carácter de la raza primitiva, de la raza originaria, de la raza madre de todas las demas; ni como se pueden reconocer los efectos producidos por la influencia del clima, del alimento, etc., y mucho menos distinguirlos de los demas, ó por mejor decir, de los resultados que provienen

de la recíproca mezcla de las diferentes razas en el estado de libertad ó de domesticidad? Efectivamente, todas estas causas alteran con el tiempo las mas constantes formas; y el sello de la naturaleza no se conserva puro en los objetos que el hombre ha manejado mucho. Aquellos animales cuya independencia hace que puedan libremente escoger por sí mismos clima y alimentos, son los que mejor conservan este sello original; y puede creerse que en sus especies se nos representa aun hoy dia con bastante fidelidad en sus descendientes el primero y mas antiguo de todos: pero los que el hombre ha podido sujetar, los que ha trasportado de unos á otros climas, aquellos cuyo alimento ha mudado, no menos que las costumbres y el modo de vivir, han debido mudar tambien en cuanto á la forma mucho mas que todos los otros; y he aquí el motivo de hallarse realmente mucha mayor variedad en las especies de animales domésticos que en las de los silvestres. Así pues, siendo el perro, entre todos los animales domésticos, el que mas íntima amistad ha hecho con el hombre; el que, viviendo como el hombre, vive por lo mismo con mas irregularidad, y sobre el cual tienen las sensaciones harto dominio para hacerle dócil, obediente y capaz de toda impresión, y aun de

toda violencia: no es de admirar que, entre todos los animales, sea tambien el que mas variedades presenta con respecto á la figura, el tamaño, el color y todas las demas calidades.

Algunas circunstancias contribuyen tambien á esta alteracion. La vida del perro es harto corta, mientras que produce con frecuencia y en bastante número; y como por otra parte está continuamente á la vista del hombre, apenas por una de aquellas casualidades ordinarias en la naturaleza, se haya notado alguna singularidad ó variedades aparentes en algunos individuos, cuando se habrá procurado perpetuarlas por la union de aquellos singulares individuos, bien así como se hace todavía en la actualidad cuando se intenta tener nuevas razas de perros y de otros animales. Por otra parte, aunque todas las especies son igualmente antiguas, siendo con todo mucho mayor el número de generaciones desde la creacion en aquellas cuyos individuos viven corto tiempo, deben asimismo haberse hecho mas perceptibles en ellos las variedades, las alteraciones, y hasta la misma degeneracion, respecto de que se hallan mas distantes de su primitivo tronco que los de vida mas dilatada. El hombre se halla hoy dia ocho veces mas cerca de Adán, que el perro lo está del primer perro, respecto de que

aquel vive ochenta años, y este solos diez; así que si ambas especies se encaminasen igualmente á degenerar impelidas por una causa cualquiera, esta alteracion deberia ser en la actualidad ocho veces mas notable en el perro que en el hombre.

Los pequeños animales efimeros, aquellos cuya vida es tan corta que todos los años se renuevan por la generacion, están incomparablemente mas sujetos que los demas animales á todo género de variedades y alteraciones; y lo propio sucede con las plantas anuas en comparacion de los demas vegetales, en términos que hay algunas entre ellas cuya naturaleza es, por decirlo así, artificial ó facticia. El trigo, por ejemplo, es una planta que el hombre ha alterado, de suerte que en ninguna parte existe en su estado natural: bien se echa de ver que tiene alguna analogía con el joyo, la grama y algunas otras yerbas de los prados; pero se ignora á cual de ellas se debe referir, y como se renueva todos los años, al paso que sirviendo al hombre de alimento es la planta que este ha cultivado mas, es asimismo aquella cuya naturaleza se halla mas alterada al propio tiempo. Así pues, no solamente puede el hombre emplear en sus necesidades y en su uso todos los individuos del universo, sino y tambien mudar, modificar y perfeccionar las especies con el tiempo, siendo

este el mas noble derecho que puede ejercer en la naturaleza. Haber trasformado una yerba estéril en trigo es una especie de creacion de que sin embargo no debe engreirse; pues solo á costa del sudor de su frente y de labores reiteradas, puede sacar del seno de la tierra el pan á veces amargo que le sirve de sustento.

Las especies que el hombre cuidó con mas esmero, así en los vegetales como en los animales, son por consiguiente las mas alteradas: y como á veces esta alteracion ha sido tanta que impidió conocer despues la forma primitiva, no de otra suerte que en el trigo, desemejante ya á la planta de que trae su origen; de ahí es que tampoco seria imposible que en la numerosa variedad de perros que vemos actualmente, no hubiese ni uno solo semejante al primer perro, ó por mejor decir al primer animal de esta especie, acaso muy alterada desde la creacion, y cuyo tronco fue quizás muy distinto de las razas que subsisten en el dia, por mas que todas procedan originariamente de él.

Sin embargo, la naturaleza recobra siempre sus derechos cuando se la deja obrar con libertad. El trigo, sembrado en terreno inculto, degenera desde el primer año: así que si se recogiese este grano degenerado para volverle á sembrar en iguales términos, el producto de

la segunda generacion resultaria aun mas alterado; y al cabo de cierto número de años y de reproducciones, veria el hombre volver á parecer la planta originaria del trigo, y sabria el tiempo que necesita la naturaleza para rehabilitarse, y destruir el producto del arte que la violenta. Este experimento pudiera fácilmente practicarse en el trigo y demas plautas que se reproducen todas los años espontáneamente, por decirlo así, y en el mismo paraje; pero casi no seria posible ponerla en ejecucion con esperanza de algun éxito con respecto á los animales que de una parte es necesario buscar, preparar y unir, y que de otra son dificiles de manejar; porque todos ellos, qual mas qual menos, frustran nuestros designios por sus movimientos, y por la repugnancia á veces invencible que tienen á lo que se opone á sus costumbres ó á su índole. De ahí es que no podemos lisonjearnos de saber nunca por este medio qual sea la raza primitiva de los perros, como ni tampoco de los demas animales que, á la manera de aquel, están sujetos á variedades permanentes; pero á falta de estos conocimientos de hechos que no podemos adquirir, y que serian necesarios para indagar la verdad, podemos sin embargo recoger indicios, y sacar consécuencias probables.



1. Falderito.
2. Perro de Halla.

Sculpsit A. Tardieu.

Los perros que fueron abandonados en los páramos de América, y que viven monteses de ciento cincuenta á doscientos años á esta parte, bien que oriundos de razas alteradas, puesto que proceden de perros domésticos, han debido en este largo intervalo acercarse á lo menos en parte á su forma primitiva: no obstante de esto, nos dicen los viajeros que se parecen á nuestros galgos (1); y lo propio aseguran con respecto á los perros monteses ó que se han hecho montaraces en Congo (2), los cuales al modo que los de América, se reúnen á bandadas numerosas para hacer la guerra á los leones, tigres, etc.; bien que otros, sin comparar los perros monteses de Santo Domingo con los lebreles, solo dicen (3) que tienen por lo comun chata y larga la cabeza, el hocico afilado, el aire montaraz, y el cuerpo delgado y enjuto; que son muy veloces en la carrera, cazan con gran destreza y se domestican fácilmente cogiéndolos pequeños. Resulta, pues, de todo que aquellos perros monteses son estremadamente flacos y ligeros;

(1) *Histoire des Flibustiers*, por Oexmelin. Paris, 1686, en 12, tom. 1, pág. 112.

(2) *Histoire generale des voyages par Mr. L'abbé Prevost*, en 4, tom. 1, pág. 86.

(3) *Nuevos viajes á las islas de América*. Paris, 1722, tom. v, pág. 195.

y como por otra parte, se diferencia poco el galgo del mastin ó del perro que llamamos *de pastor*, puede creerse que aquellos perros monteses pertenecan mas bien á esta última especie que no son realmente galgos: lo cual se confirma con el testimonio de los viajeros antiguos, quienes nos dejaron dicho que los perros naturales del Canadá tenían las orejas tiesas al modo que las zorras, y se parecían á los mastines de mediano tamaño de nuestras aldeas (1), esto es, á nuestros perros de pastor; bien así como los que habia entre los salvajes de las Antillas, tenían la cabeza y las orejas muy largas, y aproximaban igualmente á la figura de las zorras (2); y que los Indios del Perú no poseian todas las especies de perros que vemos en Europa, sino solamente gozques grandes y pequeños, á los cuales llamaban *alco* (3); mientras que los del istmo de Panamá eran feos y de pelo áspero y largo, lo cual supone tambien las orejas tiesas. En vista de lo espuesto

(1) Viaje al pais de los Hurones por el P. Sabardo Teodato, recoleto. Paris, 1672, pág. 310 y 311.

(2) Historia general de las Antillas por el P. du Tertre. Paris, 1667, tom. II, pág. 306.

(3) Historia de los Incas, edic. de 1723, tom. I, pág. 287, col. 2. Viaje de Wafer, impreso á continuacion de los de Dampier, tom. IV, pág. 223.



no puede casi dudarse que los perros originarios de América (los cuales antes del descubrimiento de aquel nuevo mundo no habian tenido ninguna comunicacion con los de nuestros climas) eran todos, por decirlo así, de una sola y única raza (*), y que de todas las castas de nuestros perros, la que mas se les aproxima es la de los perros de hocico afilado, orejas tiesas y pelo áspero como los de pastor: por cuanto bien considerado todo, me persuado que los perros que se hicieron montaraces en Santo Domingo no son verdaderos galgos, tanto mas cuanto que respecto de ser estos bastanté escasos en Francia, se hacen venir para el rey de Constantinopla y de otros parajes de Levante; y no ha llegado á mi noticia que se hayan traído nunca de Santo Domingo ni de las demas colonias que tenemos en América(1). Por otra parte, recorriendo con el mismo fin cuanto han escrito los viajeros en orden á la forma de los perros de diversos paises, se saca en limpio que todos los originarios de climas

(*) Véase nuestra nota anterior con respecto á las seis razas distintas indicadas por Moreau de Jonnés.

(1) Nuevos viajes á las islas de América. París, 1722, tom. v, pág. 195.